

BOOK REVIEWS

■ Humanos. ¿O no?

Cela Conde, C.J. y Ayala, F.
2021, Alianza Editorial

Los humanos no somos tan especiales como nos hemos considerado históricamente. No obstante, somos una especie bastante idiosincrática. A lo largo del Pleistoceno el género *Homo* desarrolló un conjunto de habilidades cognitivas, de novedades conductuales, y de capacidades técnicas, que permitieron que el nicho ecológico humano pasara a ser cualquier hábitat terrestre, incluso los más extremos de la superficie terrestre. Todos fueron colonizados y desde entonces la especie humana no ha dejado de prosperar, hasta el punto de llegar a poner en peligro la continuidad de la vida en la Tierra, a pesar de constituir una parte ínfima del total. De modo que la pregunta sobre cómo y por qué los humanos alcanzaron esta posición son preguntas cruciales.

En su nuevo libro «Humanos. ¿O no?», Ayala y Cela Conde tratan de ofrecer una respuesta integradora a estas preguntas, en un doble plano. Por un lado, con relación a la aparición de los Homínidos, el grupo taxonómico en el que cabe situar nuestra especie, y por otra con respecto a nuestra especie. Con respecto a la primera cuestión, cabe recordar que los Homínidos comprenden, además del género *Homo*, otros géneros extinguidos: los australopitecos, los orrorin, los ardpitecos, los parántropos. A primera vista, no es obvio qué características o novedades comparten todos ellos, sobre todo teniendo en cuenta que la mayor parte de especies de la tribu homínina se extinguió. Con respecto a la segunda cuestión, la tesis central del libro es que no hay ninguna característica específicamente humana, sino que cualquier rasgo que pueda proponerse como exclusivo se encuentra en alguna medida en alguna otra especie –de ahí el título–. Ciertamente la evolución se caracteriza porque las novedades se engarzan en elementos de continuidad, son el resultado de la modificación de rasgos previos que acaban dando lugar a una reorganización funcional, de manera que las discontinuidades nunca podrán ser radicales. Así, mientras que compartimos el bipedismo con el resto de los homínidos, también compartimos en alguna medida todos esos rasgos que se han considerado exclusivamente humanos. El sentido de nuestra excepcionalidad tiene que ver con la desaparición del resto de especies de la tribu. El enfoque comparado se ve limitado a los simios.

Los autores eligen para su análisis diez rasgos centrales en la caracterización de nuestra especie: la dispersión, los vínculos

afectivos de amor y amistad, la mentira y el engaño, la cultura, el cerebro, el lenguaje, la ciencia y las matemáticas, la apreciación estética, el sentido moral y la espiritualidad. Como puede verse, se trata de un listado abierto, que no responde a un criterio único de selección. Algunos de estos rasgos corresponden a conductas, otros a facultades psicológicas, y en el caso del lenguaje, puede entenderse en ambos sentidos; el cerebro remite a la anatomía y la fisiología; la cultura, entendida en sentido amplio, comprendería algunas otras características, como la ciencia y las matemáticas, o la espiritualidad –que a su vez podría plantearse como religión–. Algunos rasgos podrían analizarse como dependientes de capacidades psicológicas comunes y más básicas: la apreciación estética y la moral, incluso el lenguaje, requieren de la capacidad de establecer y seguir normas. O podría hablarse de “la razón” o “el pensamiento”, así en general, para englobar diversos rasgos que se diferencian. Del mismo modo, podrían incluirse otros rasgos que también se han propuesto como distintivos: la música –ciertamente relacionada con la cultura, y con la estética–, el pensamiento creativo, la empatía y la confianza (relacionadas, pero distintas, del amor y la amistad), o incluso la aparición de la esclerótida característica del ojo humano, o la complejidad muscular del rostro humano, asociada a la importancia de la expresión emocional para la regulación de la interacción social. El resultado del análisis, no obstante, sería el mismo para los autores: acentuar las evidencias de continuidad, la ausencia de un corte que sitúa a nuestra especie en un nivel diferente.

El primer rasgo que consideran, la dispersión por todo el globo, remite a la característica anatómica distintiva de toda la tribu homínina: la locomoción bípeda, junto a la inclinación a desplazarse. El rasgo anatómico de la bipedestación distingue a los miembros de la tribu homínina del resto de primates, pero por sí mismo no explica la colonización de los distintos hábitats terrestres. De hecho, tal expansión se dio únicamente en el caso del género *Homo*, que la llevó a cabo, además, por dos veces (primero *H. erectus*, luego *H. sapiens*). Los autores resumen las diferentes explicaciones propuestas para dar cuenta de este desplazamiento clave: la limitada capacidad de carga del territorio ocupado, que exigiría el desplazamiento en busca de alimento, por ejemplo, con la necesidad de mayor aporte de proteína de origen animal. Ello habría favorecido la práctica colectiva de seguir a los herbívoros en sus migraciones. Obviamente, esta explicación apenas alcanza a la salida de África. La continuidad de esta práctica migratoria tuvo que aprovecharse de otros cambios asociados –cognitivos y tecnológicos, como sería el control fuego–, para poder sobrevivir en condiciones aun más duras que las de la sabana original.



El amor y la amistad se traen a colación como modos característicamente humanos de establecer vínculos afectivos entre los miembros de un mismo grupo en función de sus roles e interdependencias. Aunque no se desarrolla, la tesis implícita parece ser que la vida en sociedad no puede basarse exclusivamente en relaciones de poder y jerarquía (el “orden de picoteo”), sino que tal orden jerárquico depende de la existencia de relaciones de afinidad entre los miembros del grupo. Además, tales relaciones afectivas parecen jugar un papel en la reproducción, al influir en la elección de pareja, cuestión que remite al mecanismo darwiniano de la selección sexual. En este capítulo, la discusión destaca particularmente los trabajos de Lauren Brent que relacionan los vínculos de la afinidad con la cohesión del grupo. El mensaje de fondo es que los vínculos afectivos que establecemos con otros miembros del grupo, y muy especialmente los vínculos amorosos que nos llevan al apareamiento, no son tan distintos a lo que ocurre en otras especies sociales, a pesar del grado de infatuación que el amor romántico induce en los humanos.

El capítulo 3 se dedica al tema de la mentira/engaño. Se trata de la contrapartida a la afinidad, por así decir. La vida social induce situaciones de conflicto donde la mejor baza puede ser faltar a la verdad, lo cual induce a su vez una presión selectiva a favor de detectar las mentiras. Esta dinámica, que conduce al camuflaje y al mimetismo como estrategias adaptativas, se convierte en clave en la vida social compleja de los humanos, que depende de la cooperación y, por tanto, encierra el riesgo de ser explotado. La referencia central es la hipótesis de la inteligencia maquiavélica de Byrne y Whiten, y la literatura que demuestra mayor engaño táctico en las especies de mayor complejidad social (no solo mamíferos sociales; también aves, como algunos cuervos, y pulpos). Con respecto a la cultura, el capítulo 4 todavía establece la conclusión central del libro en base a mayor evidencia: se recogen los estudios sobre el uso de herramientas por parte de chimpancés, de las diferentes especies del género *Homo* y de la posibilidad de que incluso los australopitecinos también las usaran.

El siguiente capítulo, dedicado al cerebro, en cambio, acentúa los cambios que llevaron al cerebro del humano moderno. El primero, relacionado con el nuevo modo de locomoción y las necesidades metabólicas que llevaron al cambio de dieta, permitiendo de este modo sostener el proceso de incremento de su tamaño relativo. Se hace referencia así mismo a la hipótesis de la inteligencia social de Nicholas Humphrey, según la cual tal incremento respondería a la presión selectiva de un modo de vida ultrasocial, y a las exigencias, ya señaladas, de afinidad y cooperación, y a la necesidad de detectar a los tramposos. Finalmente, se señala también la necesidad de desarrollo posterior al parto, por la limitación física del canal pélvico y la consiguiente inmadurez al nacer. Llama la atención en este punto una breve alusión al viejo principio de que la ontogenia recapitula la filogenia, al afirmar los autores que las áreas que maduran más tarde en la ontogenia son también las más recientes filogenéticamente. Sin embargo, dada la importancia de la cultura y la vida social en el desarrollo, y el proceso de aceleración del cambio a este nivel en nuestra especie, cabe matizar ese principio, puesto que el desarrollo de cada generación no repite el de la anterior.

El capítulo 6 se dedica al lenguaje. En la misma línea, se argumenta que, a pesar de ser una característica exclusivamente humana, las “piezas” que lo hacen posible se pueden encontrar también en otras especies. Entre esas “piezas” que otras especies también muestran está la capacidad para la referencia desplazada, el uso de símbolos. En cambio, el sistema articulatorio y las reglas combinatorias de la sintaxis, se consideran vinculados exclusivamente al lenguaje humano. La discusión se dirige entonces a establecer cuándo apareció tal capacidad. Entre las dos posiciones al respecto –la de un origen temprano en el género *Homo* vs la de un origen re-

ciente–, los autores se decantan por la segunda, sosteniendo que se habría producido antes de la separación de neandertales y sapiens, en base a los estudios genéticos basados en el FOXP2; es decir, que los neandertales tendrían también la facultad del lenguaje, si bien la propuesta se formula con prudencia.

El resto de capítulos se dedican a lo que podrían considerarse dimensiones de la cultura: el conocimiento y la matemática (cap. 7), la estética (cap. 8), la moralidad (cap. 9), la espiritualidad (cap. 10). Son ámbitos de la experiencia humana caracterizados por su diversidad cultural. Los valores, las preferencias, las explicaciones y taxonomías del mundo de la experiencia, los rituales y las creencias religiosas... son claramente diversos y variables. Su inclusión tiene sentido desde la perspectiva de buscar un fundamento evolutivo, incluso adaptativo, a su importancia para la vida social humana, algo así como verlos como universales estructurales, dimensiones siempre presentes, a pesar de que su contenido pueda variar con el tiempo. En tal sentido, todas las sociedades humanas involucran valores morales, o preferencias estéticas, valores y preferencias que se articulan psicológicamente, del mismo modo que todas las sociedades desarrollan sistemas conceptuales para categorizar su experiencia, que incluyen también creencias sobre entidades espirituales, no observables. Como en capítulos anteriores, los autores revisan los estudios que ofrecen nuevas evidencias sobre la aparición de tales capacidades en la filogenia que conduce a nuestra especie. Entre los más destacados están los estudios recientes sobre preferencias estéticas y enterramientos rituales en neandertales, y los debates sobre si los chimpancés muestran ya valoraciones morales.

El epílogo hace el esfuerzo por integrar esas diferentes características en una explicación evolutivo/a. El paso al bipedismo sería la transformación inicial que habría inaugurado el escenario evolutivo en el que la estrategia de incremento del cerebro resultó máximamente exitosa. Con un cerebro más grande (en relación al tamaño del cuerpo), comenzaron a aparecer nuevas capacidades y nuevas formas de vida social: grupos cada vez mayores, con formas de organización social cada vez más complejas, así como nuevas capacidades técnicas y de razonamiento. Esas nuevas formas de organización social se basaron en mayor cooperación, cimentada en vínculos afectivos, y expuesta a la mentira y el engaño. La aparición del lenguaje habría permitido nuevas formas de coordinación social, de transmisión de conocimiento, y sin duda, de los aspectos simbólicos de la cultura. En resumen, los cambios tuvieron lugar coordinadamente en tres órdenes: el anatómico-fisiológico, con un cerebro mayor consumidor de recursos metabólicos; el social, con formas de vida social basadas en la acumulación y transmisión de los conocimientos y las prácticas culturales; y el psicológico de las capacidades cognitivas, especialmente relativas a la cognición social y al lenguaje, para permitir y sostener esas nuevas formas de vida. Queda el misterio de por qué únicamente nuestra especie, dentro de la tribu homínina, sobrevivió, si nuestra estrategia adaptativa no es exclusiva, si nada nos diferencia de los neandertales.

En cualquier caso, este libro supone una nueva aportación a la continuada trayectoria de fructífera colaboración entre los autores, entre la que destaca el monumental *Senderos de la Evolución Humana* (Alianza, 2001), y su versión remasterizada para Oxford University Press, *Human Evolution. Trails from the Past* (primera edición de 2007; segunda edición de 2016). Esta nueva obra se sitúa en la línea de *La piedra que se volvió palabra. Las claves evolutivas de la humanidad* (Alianza, 2006), también sobre lo que nos diferencia como especie.

Revisado por:

Antoni Gomila

Departamento de Psicología, UIB.

Abuso sexual en la infancia. Nuevas perspectivas clínicas y forenses

Echeburúa E. y Guerricaechevarría, C.
2021, Ariel

Enrique Echeburúa y Cristina Guerricaechevarría han ampliado con profusión un valioso texto que escribieron hace más de veinte años. Ambos prestigiosos psicólogos ponen ahora especial énfasis en los aspectos clínicos y forenses, y recogen las nuevas formas de abuso que hoy permite la tecnología: el *ciberacoso sexual*. En sentido amplio, se entiende por estos abusos “cualquier conducta no conveniente con una finalidad explícitamente sexual”; se impone una relación de desigualdad (por edad, madurez o poder) y la utilización del menor como objeto sexual. Aquí se analiza el abuso que es *percibido* por los menores y genera un significativo malestar emocional. La mayor parte de esos casos ocurre en el hogar, tras los que se suceden en las víctimas diferentes fases de secreto, desamparo y revelación tardía (en delitos de *lenta asimilación psicológica*). Se requiere objetivar las necesidades de tratamiento para víctimas y para agresores. Hay un marco judicial y forense que exige que prevalezca la protección del menor sobre el secreto profesional del terapeuta. Se deben distinguir los tiempos judiciales de los psicológicos, y el trabajo pericial del terapéutico.

“El psicólogo está para *ayudar* a una persona, no para *castigarla*” es una frase que cobra pleno sentido en el contexto del abuso sexual en la infancia, una realidad que hay que prevenir y que tratar con el mejor acierto posible. La magnitud de esta lacra tiene su perspectiva numérica: en 2019, 3.290 reclusos de las prisiones españolas (el 6% del total) lo eran por delitos sexuales; la cuarta parte de los cuales afectaban a menores de edad. Asimismo, uno de cada cinco casos de abuso sexual en la infancia está provocado por otros menores (la mitad de ellos se inició en estas acciones antes de los 16 años). En España, solo el 13% de estos abusos son obra de mujeres, por contra, el 23% de las mujeres ha sido víctima de algún abuso sexual (cualquiera que este sea); entre los hombres, el porcentaje baja al 15%.

Las niñas suponen el 60% del total de esas víctimas; y los niños, el resto. El 30% de las víctimas presenta un cuadro clínico a largo plazo. Y solo el 2% de los casos se conocen al tiempo que ocurren.

Se precisa una exploración clínica integrada que nos conduzca a diagnosticar y nos oriente para intervenir con la mayor eficacia posible. La entrevista semiestructurada, con enfoques flexibles y adaptables, permite agrupar e interpretar detalles, sin pérdida de objetividad. Cabe transmitir respeto, confianza y calidez, formular preguntas cortas y claras. Distinguir en el testimonio del menor la validez de la credibilidad que alcance su relato. “El menor –dicen los autores– puede ser un testigo tan fiable como lo puede ser un adulto. De hecho, es poco probable implantar una falsa memoria fuera de los sucesos diarios y elementos contextuales conocidos para el niño”. Hay que determinar cómo percibe el niño la realidad; cómo la recuerda; el temor que experimenta a no ser creído o a ser

culpado o a que se produzca una ruptura familiar. Captar si se da en él una amnesia disociativa: con recuerdos incompletos, fragmentados, confusos y olvidos selectivos.

A partir de un modelo contrastado, se atiende el trastorno de estrés postraumático, según un perfil personal y con las características del acto abusivo (frecuencia, duración, fuerza y amenazas); su relación con el abusador, las consecuencias derivadas de la revelación del abuso (estigmatización o indefensión). Los grados de inestabilidad emocional previa y de autoestima. La cicatriz psicológica que se puede reabrir o no, o los malos recuerdos reprimidos para soportar el peso de la vida. “Incluso la terapia puede implicar, al menos en algunos casos, una segunda victimización”. De modo que se debe enseñar estrategias específicas con las que superar el malestar emocional, evitar generalizaciones erróneas, fomentar la empatía y las habilidades sociales, controlar la ira, amortiguar las imágenes del abuso y su impacto para metabolizarlo, restablecer pautas habituales e ir recuperando la sensación de seguridad y protección.

Se aborda el fenómeno creciente de las manadas: cacería y vejaciones de toda índole, exhibicionismo embrutecido. Se distingue entre pedófilos y abusadores. Los hay primarios (reincidentes, compulsivos, incapaces de establecer relaciones con adultos; pedófilos que “persiguen a los niños con el mismo ahínco que los perros a los huesos”, con total insensibilidad al sufrimiento ajeno) y secundarios (esporádicos y que suelen percibir a nivel cognitivo esas conductas como anómalas). Han aflorado en los últimos años numerosos ejemplos de sacerdotes abusadores (del 2 al 5% del clero, se matiza; si bien, con muy graves encubrimientos). En todos estos casos se plantean estrategias de prevención y control de impulsos.

La segunda parte del libro se dedica a analizar casos clínicos, con ejemplos de la casuística registrada, magistralmente desarrollados con un estilo conciso e impecable. Programas breves de actuaciones y objetivos realistas tras el diagnóstico y la hipótesis explicativa, fijación de factores antecedentes y precipitantes, prevención de situaciones de riesgo, afrontamiento eficaz ante las situaciones de la vida cotidiana, libre expresión de sentimientos asociados, catarsis emocional, poder expresar y recibir sentimientos de ternura, eliminar miedos y disminuir ansiedades. Encarar los remordimientos, la culpa y el malestar de no saber por qué se hace cualquiera de estas fechorías, *reestructurar los pensamientos distorsionados*, con un seguimiento periódico.

Algunas pautas para padres de víctimas y agresores menores son: no justificar, ni minimizar; no responsabilizar a las víctimas; no transmitirle que olvide lo sucedido; no utilizar etiquetas peyorativas; no avergonzarlo delante de amigos o familiares; no dejarse llevar por la rabia y castigarlo inconsistentemente. Una situación traumática no tiene una sola respuesta pertinente.

Se concluye con el caso especial de una niña agresora sexual que reprodujo los comportamientos que experimentó años antes, con rabia y frustración: vulnerable a repetidas humillaciones, acoso, abusos físicos y sexuales. Había querido olvidarlos y extendió un manto de silencio para no dar preocupación a sus padres.

Revisado por:
Miquel Escudero
Universidad Politécnica de Cataluña.



